



Helio Vera

Regino

De nuevo hay quien lo ha visto. El propio, el ponderado Regino Vigo. Concreto y prepotente. Con su casco de corcho, sus revólveres y sus amuletos. Trajo su vitrola, su voz de niño malcriado y la cara limpia. Trajo sus fieros lugartenientes de pocas palabras y secos ademanes y un visible empaque de poder y de coraje.

Rumor desconsiderado, seguro. Argelería de cajetillos. Habladurías de viejas que no tienen nada que hacer. Tonterías de solteronas, que sólo sirven para vestir santos y cuchichear zonceras en las sacristías. Chimentos de callejeros y haraganes de billar.

¿Quién no sabe que Regino murió en 1942, emboscado por un batallón de soldados? ¿Qué ganan con sacar a los muertos de sus tumbas? ¿Por qué lo quieren resucitar? ¿De dónde salen todos estos inventos? ¿Cuál es la raíz de esta pesadilla?

Ya no es tiempo de saquear obrajes ni de reclutar gavillas desaforadas, desafiando al Gobierno y a las fuerzas vivas de la nación. Son cosas del pasado, chucherías de museo. Macanas que agitan los enemigos del orden y la autoridad.

Además, todo este caso es muy oscuro. Nada se sabe con seguridad. Y por si fuera poco, apenas quedan [98] rescoldos de esa gesta perdularia que pasó por el Sur, efímera, como una estrella fugaz, alucinante, como un fuego fatuo. Después, la tierra quedó dormida; todo lo que había encima era ceniza que desparramó el viento.

Pero es que nadie lo vio. No hay panfletos arrojados bajo las puertas. Ni reuniones sospechosas. Ni el ir y venir de diligentes emisarios. Nadie pudo hablar con él. Tampoco se mastican consignas feroces que sus paniaguados repasen en voz baja, saboreando la dulce fiesta de la venganza.

El que pueda informar algo concreto, que se levante y lo diga. Que se atreva a dar la cara. Que hable para que se lo escuche. Que no ande por ahí noticiando tonterías en voz baja, revolviendo irresponsablemente el pasado. No se puede esperar nada bueno de quien se codea con fantasmas y frecuente cementerios. Quién sabe qué propósitos están detrás de todas estas maquinaciones.

Para quien no lo sepa, que le repitan la historia. Que no crea que hablamos de un ladrón vulgar, frecuentador de gallineros, atormentado por el hambre y el frío. Cuenten el caso con voz firme, porque los muertos no se despabilan. Ni se tropiezan con la gente en la calle, a la vuelta de cada esquina.

No se puede separar la verdad de la mentira. Esa es tarea de cirujanos de infalible bisturí que aíslan la falsedad, como si extirparan un tumor oscuro metido dentro del cuerpo. Cuatrero de fortuna, demagogo, [99] reivindicador social. Caudillo liberal, agitador político. Víctima de las circunstancias. Matador por dinero, resentido, asaltante de caminos. La silueta es persistente y se multiplica en mil y una biografías apócrifas, plagadas de lugares comunes y gobernadas por la exageración y los intereses creados.

Las versiones son sistemáticamente contradictorias. Cada una niega a la anterior. Como si alguien, deliberadamente, opusiese callejones sin salida, lagunas inexplicables y pistas falsas a la investigación. Hay un oscuro designio, mezcla de burla o de mala fe, que se adivina en el fondo.

Incluso los viejos de San Pedro, que alardean de buena memoria y que vivieron aquella época sobresaltada, no son fuentes dignas de crédito. Parece como si el tumulto, el griterío y los estampidos los tuviesen todavía aturridos y encandilados. Solamente recuerdan escenas brumosas y lejanas. Dentro de ellas se mueven, con aparatosidad innecesaria, figuras solemnes y tenebrosas.

Aquella vez, cuando Regino murió en potrero Tuna, fueron tapados enseguida los pocos testimonios concretos. Nadie se acuerda de que el padre Di Perna, que jugaba truco con él, juró haber identificado el cadáver. Todos dudan del dentista Maltese, que dijo reconocer en las carnes descompuestas una prótesis que le había hecho en la dentadura. Fue igualmente impugnada la emoción de una mujer cuyo nombre todos prefieren olvidar, que rompió a llorar cuando vio el cuerpo acribillado a tiros, en la comisaría de Yuty. [100]

Basta que alguien eleve una patraña sobre los hechos tangibles para que sea escuchado como un oráculo. Como el propio discurso, veraz e incuestionable, de un profeta infalible.

Nadie discute que en 1947, muchos años después de su muerte, se lo vio cruzando con una ametralladora al hombro, por paso Ñandeyára, durante la revolución. Ni que estuvo apunto de volver a su pueblo para acaudillar a la montonera liberal.

Todos presumieron el secreto trajín de sus espías, la manipulación de mensajes tremendos y la acumulación de armas y bastimentos en los montes cercanos a San Pedro. Se habló, como si fuera un artículo de fe, de que estaba en plena elaboración una larga lista, negra de soplones y traidores que debían recibir su merecido.

Un pariente suyo creyó haberlo visto en Posadas, vendiendo telas de importación de puerta en puerta. Hubo quien oyó su voz durante una truqueada de embarcadizos, en un bar cerca del puerto de Asunción. Juan José Sáí Hovy se cruzó con él por casualidad en una calle de Foz de Yguazú. El asesinato en la guerra civil del capitán Benítez, su más tenaz perseguidor, fue atribuido a una orden suya, letal e inapelable. Todos escucharon con respetuosa credulidad el gangoso relato del compositor de caballos don Próspero Camargo, quien dijo haberlo saludado cortésmente en el camino a Itá, muchos meses después de la fecha oficial de su muerte. [101]

Pero entonces no hay nada seguro. Habrá que acudir a los viejos de San Pedro. Mirar con sus ojos legañosos y descender con su memoria hasta el fondo mismo de esta epopeya pependicera. Bajar será difícil, como si fuera a utilizarse una roldana precaria, de eslabones carcomidos por la herrumbre. Pero les aseguro que ya nadie podrá detenerlos cuando empiecen a soltar la lengua y a reconstruir los rincones y sucesos de esa época borrosa.

¿No los oyen? Ya está el prolijo inventario de los disfraces con que Regino confunde a sus enemigos; el complicado despliegue táctico de diversión por el frente y fuga por la retaguardia, que reitera en sus operaciones; la habilidad para emboscar a regimientos enteros con la ayuda de sólo una docena de hombres, bravos y de corazón bien puesto; el modo con que se escabulle de cercos herméticos para reaparecer a varias leguas de distancia devolviendo golpe por golpe. Ya están las mujeres que acompañan a la gavilla, que hacen el amor a gritos y disparan el piri-piri tiro por tiro, como el más virtuoso ametralladorista de la Guerra del Chaco.

Ya se sabe de sus lugartenientes laterales, escurridizos y certeros. El solo mentar sus nombres mete miedo en el espíritu mejor probado: los hermanos Silva, Vera'í, González Pukú, Corrientes'í, Brítez Pukú, el rengo Corazón. Ya se habla de su antojo de coleccionar pistolas militares, monedas de oro y doncellas fortificadas. Ya se enteraron del secuestro de una novia en el atrio mismo de la Iglesia, ante novio, cura, padrinos e [102] invitados que solamente pueden tragarse, con explicable prudencia, sus rabiosos vituperios. Ya se siente en el aire el escalofrío que estremece el espinazo de las mujeres que oyen, a hurtadillas, la apología de tanto despilfarro de virilidad.

Los rasgos de Regino, sombras entre sombras, aparecen en cualquier parte. Pero se detienen con mayor frecuencia en San Pedro del Paraná. Pueblo de lentos días, con un sol que se estira, alto y moroso, sobre las calles cubiertas de pasto y calienta los eucaliptos que rodean a la plaza. Hay casas achatadas, de tejados enmohecidos y zaguanes largos. Y corredores oscuros flanqueados por horcones de urunde'ymí.

¿Por qué tanta preocupación con un muerto? Pobre criatura inocente. Cómo juegan con su memoria. Toda esa gente desagradecida se olvida de sus tres años de guerra y de su arrojo fácil ante el enemigo. Nadie dice que se incorporó a la gendarmería luego de la desmovilización de 1935. Ni que supo actuar con probidad y firmeza contra la gente de mal vivir.

¿No lo ven? Brazo de la ley y del Gobierno. Talabarte reluciente y sable de autoridad. Claro que estuvo muy bien al combatir con éxito a los cuatreritos que infestaban Yabebyry. Y al desalentar con energía a los alborotadores de la fiesta patronal. Hasta ganó aprobación general al reprimir a los hermanos Figueredo, gente brava y de malas

vueltas, que andaba levantada porque habían matado a Rosendo, el más feroz de todos. Regino supo imponer el respeto al orden, pese al [103] incidente ocurrido en una cancha de fútbol. Rosendo fue muerto allí por un soldado con un solo tiro de máuser.

Pero todos se acuerdan de que pronto, por motivos inescrutables, abrió las celdas de la alcaldía y ganó el monte con los presos y cuanto fusil pudo llevarse. Les advierto que, desde aquí, todo el resto de la historia está legislado por las imposturas, la retórica y las deformaciones mal intencionadas. Ni siquiera en los manuscritos del padre Di Perna se encuentra la forma de desenredar este ovillo. El sacerdote, que fue echado de San Pedro por su amistad con Regino, creyó arriesgar una novela con tan fecundo argumento. Pero se quedó en el camino, confundido y desatinado con tantas oscuridades.

Desde ese momento Regino supo promover activamente el espanto desde el Tebicuary hasta el Paraná. Vasta geografía de pirazales, montes fatigados por la lluvia, brascas tormentas y amarillas lunas. Hay esteros impensados, islas arbitrarias que crecen en las llanuras y tajamares que florecen en víboras y camalotes.

Nadie sabe exactamente por que hizo lo que hizo. Quizá por divergencia con los caudillos aprovechadores. O porque una vez se le ordenó, y que sea rápido, que libere a unos malandrines detenidos, parientes de no sé quién, amigos leales y seguros del Gobierno. O porque a unos amigos suyos les quitaron sus capueras con triquiñuelas de tribunal. O por todas esas cosas juntas o por ninguna. Su única explicación, cuando le [104] preguntaron mucho después, fue que lo hizo porque le dio gana. Y ni siquiera nadie está seguro de que lo dijo en serio.

Son todos sucesos de dudosa comprobación. El Regino de verdad, varón entero y de provecho, no tiene nada que ver con todo este palabrerío. Si supiera de estas morondangas que le han echado encima, dispersaría a sus divulgadores a rebencazos.

Algunos urden a un Regino malhechor, vengativo y rapaz, cuyas tropelías están motorizadas por una codicia sin remedio. Pero casi todos predicán un Regino cabal, que corteja una justicia derecha e implacable, que crece en rigor sobre jueces prevaricadores, usureros, intermediarios voraces, pijoteros y chupasangres de toda laya. Este Regino, en el que convergen casi todos los relatos, es objeto de la callada veneración del pobrerío y ejerce un indiscutible liderazgo en las compañías de extramuros.

¿Quién sabe dónde está escondido? Regino ha encontrado el tajamar secreto, la isla boscosa de la llanura, la choza oculta del mbyá. Ha comido la carne del tigre y escudriñado los laberintos de la selva. Conoce de memoria los piques indios, las plantas que curan las heridas, los nombres secretos de los árboles. Bajo la piel del sobaco se entibia un kurundú, amuleto infalible de bronce de campana, que hace a su cuerpo esquivo a las balas y deseoso a las mujeres. Solamente una *bala-karaí*, mojada en agua bendita, le horadará la piel. [105]

Las correrías ruedan de boca en boca, alimentadas por la exageración, nutridas por el miedo o la complicidad. Todo el país se entera de leyenda tan retobada. Regino ha perfeccionado su repetida técnica de asalto e incendio posterior. Cultiva el laborioso silencio de los campesinos con el oportuno faenamamiento de los novillos que repunta de las estancias. Distribuye compadrazgos y bendiciones y acude sin falta a la casa de un

amigo cuando éste celebra el día de su santo. Su respaldo garantiza seguridad a todos los que gozan de su estima. O que lo ayudan, aunque sea cerrando la boca, ante cualquier pregunta acuciosa de la comisión que lo persigue.

Habrase visto semejante atrevimiento. No se contenta con robar, sino que tiene que repartir su botín mal habido con gente ignorante y desagradecida. Ya no hay garantías, ni propiedad a salvo, ni se puede vivir tranquilo. ¿Es que nadie puede poner aquí las cosas en su lugar?

¿No lo supieron? Regino cruzó el Paraná por puerto Edelira y desvalijó los obrajes de Oro Verde y Puerto Mineral. ¿No lo saben? Volvió con una vitrola, duraznos enlatados y fajos de billetes. Hasta trajo los zapatos de los gendarmes que quisieron oponerse.

Se lo está esperando con seguridad en Villa Rica, ahora que es época de cosecha y las tiendas engordan con el dinero de la zafra azucarera. Pusieron ametralladoras en las cuatro entradas de Yabebyry. En Encarnación la gente tranca las puertas y se encierra al caer la noche. [106]

En Caazapá los estancieros patrocinan una rogativa en la Catedral, invocando la ayuda del Altísimo, para que fulmine a esta plaga con su justa severidad. En Artigas no se camina de noche sin ser detenido e interrogado por la Policía.

Una mañana, los vecinos de San Juan Nepomuceno asisten a un puntilloso saqueo. La operación es realizada con celeridad y destreza por un grupo de hombres mal entrizados, con barbas brillosas de corcho quemado. En pocas horas los estantes de las tiendas mejor surtidas quedan despojados de sus mercaderías. Luego, los bandidos se desvanecen, como si fueran transparentes. Nadie se ofrece a salir en su persecución. Por las dudas, el hecho se atribuye a la banda de Regino.

Hay que acabar con esta barbaridad. Dejen de decir que es invisible y que se muestra en dos partes a un mismo tiempo. No me hablen de sus amuletos, ni de sus tratos infames con los kay'guá. Además huele a cuento todo eso de su puntería infalible, aún al galope. Parece mentira que todo el mundo ande con tanto miedo. Ni entre las tapias de sus casas la gente habla de lo sucedido. Y si lo hace, convierte la voz en un medroso cuchicheo.

En San Pedro las opiniones están muy divididas. Las fuerzas vivas lo consideran un desagradecido con la sociedad, pero tratan de meterse poco en el asunto. En las compañías el caso va de boca en boca, agrandado por simpatías que nadie trata de disimular.

Se sabe que entra al pueblo cuando quiere. Visita a los amigos, da los pésames en los velorios, entrega los regalos en los cumpleaños. Hasta se atreve a hacer de pierna en más de una mesa de truco.

El Gobierno toma sus determinaciones. Ordena a la Caballería que contribuya con un destacamento. No puede ser que una banda de maleantes paralice a todo el país. Una mañana amanece en San Pedro el marcial aparato del orden cerrado y los fusiles engrasados. Arriba un escuadrón de Campo Grande para iniciar la persecución. Llega la voz de orden del capitán, el Decreto presidencial, el sumario escrupuloso, el otro sí digo, el sello del poder público. Llega el fusil 7.65 de boca negra y la ametralladora

liviana. De los vagones del tren especial descienden caballos y cajas de municiones, soldados y bastimentos.

La tropa instala su campamento en las afueras de la ciudad. El capitán Benítez lanza una proclama en la plaza frente a la iglesia, a la sombra de un árbol. Sus palabras se elevan sobre el ruido de pailas y frituras de las mercaderías. La voz anuncia severas sanciones, para que en lo sucesivo no se repita. Un parloteo de viejas ironiza tan arriesgadas pretensiones. No sabe que los lugartenientes de Regino tienen el pulso infalible y que se harán matar antes que lo toquen. Hay un oído detrás de cada puerta, para informarle punto por punto sobre todo lo que ocurre. No sabe que estas amenazas le pueden costar caro y volver sobre su cabeza. [108]

El capitán Benítez comienza su campaña sin hacer caso de las opiniones pesimistas. Que lo busquen por todas partes. Alumbren las islas con linternas de cinco elementos, a ver si encandilan sus ojos de gato. Corten los caminos y detengan a todos los parientes y para tomarles declaración. Doble las guardias y despachen comisiones a las compañías. Pongan campanillas en las tranqueras y multipliquen los retenes en las picadas. Vigilen los dormitorios de las mujeres. Porque por ahí puede aparecer con sus mañas de seductor, con los pies emplumados y la calentura insaciable.

Tras sus huellas se lanzaron el perro tigrero y el indio de olfato fino. Se colocaron trampas sobre los pasos del Pirapó. Se batieron los cerros y se registraron los cementerios. Hasta fue recorrido el túnel misterioso que se abre bajo las ruinas del templo de los jesuitas en San Cosme.

Siempre de balde. Todo para que se repitan sus porquerías, alarmando a la población. Sigue apareciendo a la vez en lugares distintos. En las fiestas sociales se roza con caballeros de mucho nombre y damas de alto copete, sin que nadie lo adivine bajo el disfraz elegido para cada ocasión. Toma café con los oficiales en el ferrocarril de los ingleses y escucha con humildad las arengas de sus enemigos en las juntas vecinales.

¿No lo ven? Está bailando, disfrazado, con el mismísimo capitán Benítez, en la fiesta del club social de San Pedro. Su sonrisa de pícaro se refleja en el cobre abollado de los instrumentos de la banda de música. Su voz, deliberadamente aflautada, resiste con declinante [109] convicción el asedio amoroso del capitán, durante las evoluciones del valseado. Esto no tiene nombre. Nadie es capaz de reconocerlo en la mujer de curvas prometedoras que clava sus tetas de trapo y diarios viejos en las condecoraciones del capitán.

Regino sigue cargando sus burujacas con un botín cada vez más grande. Por su parte, el capitán Benítez abunda en cepos y calabozos. Ordena azotes y apresa a toda la parentela, paqueta y muy liberal. Un vagón sellado es enviado a la capital con fuerte custodia, alejando a muchos sospechosos del teatro de operaciones. Otros dan largas explicaciones, estimulados por golpes de teyuruguái, mientras se sostienen de las ramas de los árboles, como cigarras, con las manos cada vez más flojas.

Regino galopa con itinerario clandestino. Combate al terror con el terror. Preside fusilamientos de gente traidora, para que aprenda. Y notifica a los mariscadores, hijos del diablo, que se cuiden de andar siguiendo sus huellas en el monte.

Un comisario de San Pedro, recién nombrado, viene con la consigna determinar con la banda. Con imprudencia dice que en un mes todo estará terminado. Reúne a varias juntas de vecinos para dar garantías y paladea la victoria anticipadamente. Un domingo, cabalgando hacia San Solano, tiene una ingrata sorpresa. Unos doce individuos de mal aspecto comienzan a brotar bajo un puente. No pierden el tiempo. El juez de paz que labra el acta posterior cuenta una docena de heridas en el cadáver del comisario. [110]

El capitán Benítez tampoco discute mucho. Fusila a unos cuantos, quema chozas de personas con antecedentes y propina latigazos a varios pordioseros. Se los acusa de distribuir los mensajes de Regino de madrugada, bajo las puertas. Varias veces el capitán Benítez anuncia la captura inminente del individuo, y otras tantas se le escurre de entre los dedos.

El Gobierno llega a proponer una tregua, negociada por gente influyente. Preocupa la ineficacia de la represión y la posibilidad de que el mal ejemplo comience a cundir por los cuatro puntos cardinales. Mientras se desarrollan los trámites, Regino se instala en Yuty con todos sus hombres. Sus bultos son bajados en la comisaría y desde allí imparte instrucciones y gobierna el pueblo. Cobra los impuestos, recoge contribuciones, apadrina a varios niños y sella los permisos para los bailes. De pronto, sospecha alguna trampa detrás de aquella apariencia tan calmada. Desaparece y reanuda sus correrías. Explica que trataron de engañarlo, pero que ha descifrado ese designio oportunamente. Ya no habrá pausas en la persecución. La presión comienza a tener éxito, preludiando el final inevitable.

Hay nuevos tiroteos y emboscadas. En San Pedromí mueren, emboscados, dos lugartenientes: Brítez Pukú y Corrientes-í. Otros van muriendo en combates anónimos, en encuentros en lugares deshabitados.

En la primavera de 1942, un diario de Asunción publica una crónica que proclama la ejecución del alzado. [111] Los detalles del relato son tangibles. Una isla estalla en tiroteos y maldiciones. Un hombre se desmorona, agitando los brazos como para tragar aire. Lo empujan siete tiros, distribuidos por todo su cuerpo. Desde el suelo putea apagadamente a los soldados, a quienes ve enormes y teñidos de rojo. Mientras limpian sus fusiles con parsimonia, el hombre agoniza, boqueando espasmódicamente.

Hombre temible y despiadado, adjudica la crónica con horror. Luego resume las iniquidades del individuo en un cuadro a cuatro columnas, de gruesos titulares.

Esto ocurre en Alto Verá, detrás del cerro San Rafael. Lugar inhóspito y lejano, donde abunda el tigre y el cocotero vertical. Un parte oficial celebra el acabamiento de varios años de execrables fechorías. A una misa de acción de gracias acuden, agradecidos, doctores y capitanes. Un coronel trae a Asunción una bolsa de arpillera. Al abrirla sobre un escritorio oficial, se desparraman docenas de orejas sobre carpetas y banderitas: la ratificación del parte victorioso.

La crónica es parca en detalles y excesiva en disimulo. Omite el nombre del verdugo, lo cual puede explicarse como una consigna, para evitar represalias. No menciona el sitio exacto de la sepultura, lo que ya no se explica tanto. Después, sin justificación, la crónica decae en vaguedades.

Asegura que el herido, ya sin proferir palabra, comienza a añorar, o a presentir, el estrépito del recortado, el saqueo nocturno de las estancias, el crepitante [112] incendio de un pajonal. Luego se pierde en el bullicio de una fiesta patronal. Elude con carcajadas las embestidas del toro candil y los zigzagueos de un buscapiés. En el aire, un Judas con sombrero pirí se estremece como un epiléptico, mientras florecen petardos en sus entrañas de trapo.

Regino, deslumbrado por los faroles multicolores y las sortijas colgantes, se distrae oliendo intensamente el aroma de un cuchillo de palo santo. Prueba su suerte a los colores en una ruleta montada sobre un barril. Descubre una noche sin luna, en la que titila un farol mbopí.

Oye, parece que con mucha claridad, el rumor de un mar enorme que atropella un acantilado en el fondo de un caracol que toma prestado, sólo por un ratito, de un compañero del segundo grado. Finalmente, temblando de miedo, se acurruca en un regazo tibio y familiar mientras las imágenes se van confundiendo, bañadas en sombra, hasta desaparecer por completo.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario